

## Los ejercicios de escritura de Mihovilovic

Por Luis Rodríguez Araya

En ocasiones, la práctica literaria pareciera transformarse en un ejercicio de despliegue de técnicas y recursos complejos que, de una manera u otra, apunta a una espectacularización inútil del lenguaje y a estructurar un monumental vacío camuflado por tramas de sentido que solamente una estrategia autorial, pensada para un “otro”, podría develar al lector. Así, para muchos autores, la yuxtaposición abismal de sensaciones y de imágenes simbólicas *debiera* ser entendida como una mirada profunda de la existencia humana, aunque lo evidenciado al lector sea una paquidérmica estructura lingüística en la cual la esencia de la narrativa, la ficcionalización de los referentes inmediatos, sería desplazada por una escritura hirsuta y sobrecargada de sí misma.

En una panorámica a la obra de Juan Mihovilovic (Punta Arenas, 1951), revisando los cuentos de *Restos mortales* (2004) y los libros *El contagio de la locura* (2006), *Desencierro* (2008) y *Grados de referencia* (2011), el primer acercamiento resulta sospechoso: viajes hacia el interior de la locura humana; realidades alternas desarrolladas casi junto con partir la narración; diálogos entre un sujeto narrador y un *tú* incompleto y, al parecer, construido únicamente como excusa para el despliegue de la trama, en fin, una amplia variedad de estrategias que, si no hubiesen sido manejadas con técnica y habilidad – como lo ha hecho

Mihovilovic – colaborarían, de seguro, a engrosar las filas de aquellas obras clasificables como grosísimos “proyectos escriturales” que nunca completan su propósito inicial.

No obstante, la propuesta de Mihovilovic es seria, congruente, coherente y, sobre todo, demuestra una fineza en la lectura de autores fundamentales como Dostoievski, Kafka o Joyce, de los cuales logra la esencia de la escritura como un ejercicio introspectivo y de una densidad lógica y concordante con la profundidad del viaje interior.

Un *continuum* temático como el de Mihovilovic avanza a contrapelo en una época en que el “deber” de la literatura es ser depositaria y punto de convergencia y discusión de discursos contemporáneos, reafirmando, de esta manera, que cada libro es, primeramente, *texto* antes que *obra*, entramado antes que artefacto, lenguaje de valor documental antes que monumental... Con esto no se pretende señalar que en Mihovilovic hay un afán preciosista *per se* y que la contemplación de su escritura solamente provoca un arrobamiento irreflexivo; todo lo contrario: su temática de fondo es develar la capacidad creadora de la literatura en cuanto arte, cuya base es la ficcionalización y mostrar cómo el tema de la intangibilidad de la existencia humana sigue siendo referente en la escritura.

Nos animamos entonces, a comparar, a Mihovilovic con Kertész, Camus y otros a quienes el ejercicio de la creación literaria sirve para plasmar disquisiciones trascendentes y permanentes en la cultura occidental, en relatos

atemporales que sirven de plataforma para que aquello que transcurre sea el lenguaje y no precisamente las acciones o el tiempo en el cual se desarrollan los acontecimientos. Asimismo, planteamos las obras revisadas como parte de un proyecto escritural importante y novedoso (valga la paradoja), pues la temática del hombre pensando y construyendo al hombre pareciera tan manida, que son pocos los que se atreven a superar el temor de adentrarse en laberintos minotáuricos en busca de un “yo” solo posible de liberar a través del lenguaje de la forma en que lo hace Mihovilovic, reafirmando la condición de la literatura en cuanto arte y como espejo de los recovecos humanos.

Para finalizar, cabe acompañar esta aproximación a la obra de Mihovilovic parafraseando el epígrafe de Kertész que, a modo de paratexto, encabeza *Desencierro*: la propuesta escritural de este autor es un constante vaivén entre lo imaginario y lo real (intratextualmente hablando), en el cual los sujetos protagonistas, al narrar, van construyendo una realidad alterna que el lector aprecia como el “verdadero” texto. Es decir, mientras se habla/se escribe, se crea, ya que la verdad ha sido desplazada hacia el interior de la conciencia.

Por esto, la riqueza de este ejercicio es aún mayor, ya que además de proponer una relectura de la naturaleza humana, también devela el acto demiúrgico de la literatura. Y eso se admira y se agradece, pues también exige al lector especial atención en cómo se lee.

## **La obra narrativa de Juan Mihovilovich: una apuesta a lo indecible**

**Por Cristian Montes Capó  
Profesor Universidad de Chile**

Si hubiese que proponer una nominación aproximativa para referirse a la obra de Juan Mihovilovich, una definición apropiada podría ser la de novela existencial, expresión utilizada por el filósofo Julián Marías, en su célebre libro sobre Miguel de Unamuno, para aludir a un tipo de obra donde se consolida una reflexión sobre la vida, la persona y el ser humano en su integridad. Se tematiza, en consecuencia, la soledad del alma individual, la búsqueda de sentido, la tensión constante entre la vida y la muerte, la dualidad autenticidad / inautenticidad, lo pulsional y lo tanático, entre otros ámbitos temáticos afines. Autores como Kierkegaard, Kafka, Dostoievski, Rilke, Unamuno, Camus, Sartre, Sábato, entre otros, son representativos de una filosofía que se traduce, principalmente, en la vivencia de situaciones límites, en términos de Karl Jaspers, es decir, condiciones extremas que el individuo no puede cambiar ni explicar, como el sufrimiento, el sentimiento de culpa, la finitud, la idea de la vida como lucha y sufrimiento y la inseguridad ontológica respecto a sí mismo y hacia los demás. Es elocuente que Juan Mihovilovich, se identifique más con la genealogía de autores mencionados que con alguna determinada tendencia de la literatura chilena. Es en la novela existencial donde se inserta

fluidamente una escritura en la que quedan inscritas interrogantes vitales acerca de la condición humana, las que nunca son respondidas en la textualidad, puesto que no se elaboran hipótesis que puedan otorgar reposo al siempre exigido lector. Es el acto de lectura el que estimula a volcarse dentro de sí mismo para que tales inquietudes resuenen internamente.

Desprendidas de esta matriz de conocimiento, la presencia de nuevos núcleos temáticos se articulan a un procedimiento constructivo en que diversas oposiciones son neutralizadas y deconstruidas por un lenguaje signado por la indeterminación. De esta manera, opuestos como cordura /locura, realidad/ irrealdad/ conciencia/inconsciencia, identificación /desidentificación, vida/muerte, son interferidos semánticamente para terminar mostrando que estos términos no solo se oponen sino también se retroalimentan y contaminan, viviendo uno dentro del otro, generando desde allí nuevas intensidades y amplificando su virtud connotativa. La naturaleza humana adquiere así un rango indescifrable y las circunstancias descritas y el tipo de sujeto comprometido en ellas, desacreditan cualquier intento de definir objetivamente lo real o de leer desde una clave realista.

El carácter de novela existencial, se expresa aquí en un afán indagatorio que desmantela las certezas construidas por la sociedad y relativiza la materia del mundo con interrogantes tales como ¿Qué es la locura? ¿Qué la genera? ¿Dónde radica realmente la grandeza del ser humano? ¿Cuál es

el sentido de la vida y cuál el de la muerte? ¿En qué consiste poseer una identidad? El discurso narrativo se hace así portador de una visión de mundo compleja y con múltiples niveles de significación. En el espesor textual son convocadas inquietudes filosóficas, sociológicas y antropológicas, que denuncian los circuitos del poder omnímodo en la subjetividad de los seres humanos, la intervención en la intimidad de los dispositivos de alienación del capitalismo, la deshumanización del ser humano, la hostilidad del mundo, la competitividad desenfrenada, la soledad personal en medio de la multitud, la violencia generalizada, el afán de dominio del otro y el individualismo a ultranza. Según Guilles Lipovetsky, en su libro *La sociedad de la decepción*: “En las sociedades dominadas por la individuación extrema, la esfera de la intimidad es la que sufre la decepción de manera más inmediata e intensa”. Es justamente una decepción profunda respecto al orden de cosas lo que se observa en las novelas de Juan Mihovilovich, un particular estado de ánimo, entendiendo por ello, la tonalidad emocional no solo personal, sino social, que está siempre presente en todo texto ficcional y que permite comprenderlo como parte vital del presente.

En el arte narrativo de Mihovilovich, dicho estado de ánimo está en consonancia con la situación contextual chilena, como es el caso de la experiencia de la dictadura militar, situación que generó un descalabro simbólico en la sociedad, incubando dentro de cada uno una especie de dictador intransigente y autoritario. Se alude en las novelas al miedo

inconsciente al otro y a la pérdida del sentido de comunidad. La escritura revitaliza el tema de la memoria, tanto individual como colectiva, y la necesidad de no permitir que el olvido de lo sucedido en los tiempos del horror se superponga al ejercicio de una memoria activa y al imperativo de seguir procesando un duelo que parece ser interminable.

Sin embargo, en la visión de mundo propuesta aquí, se observa al mismo tiempo una contraparte a la decepción generalizada, inscribiéndose en los enunciados una dimensión ético-social que no solo denuncia sino también propone una revalorización de la libertad, de la honestidad del escritor como un valor intransable y de la posibilidad de recuperar la esperanza en un mundo distinto, donde no existan las enormes desigualdades sociales, ni tanto egoísmo ni una extrema codicia.

Esta visión de mundo es determinante en la composición y caracterización de personajes generalmente invisibles en el tejido social, desvalidos y marginales, tanto en lo cotidiano como en lo simbólico. Como afirma el autor: "No sé si sean o no más interesantes literariamente hablando. Creo que la opción tiene que ver con el legítimo sentimiento de compasión - amor, no lástima- que se tiene por los seres más desposeídos que, al fin de cuentas, son una extensión de la ausencia de amor (...) En la pobreza y marginalidad se encuentran valores más profundos y duraderos que en otras capas sociales, aunque las miserias humanas atraviesan la escala social"

Tal como ocurre en los distintos niveles textuales, la caracterización de quienes componen los mundos imaginarios, son entidades perfiladas en varios planos, con precisión descriptiva y profundidad psicológica. Al igual que lo que sucede con los narradores, los personajes se debaten entre los avatares de una entidad difusa y porosa, y la sensación de extrañamiento ante el mundo y ante sí mismos.

Respecto ahora a ciertos aspectos del estilo literario y las herramientas de percepción de esta producción literaria, hay que destacar, en primer lugar, que el recurso formal privilegiado por la autoría implícita es la perspectiva interior, ya sea cuando los relatos están focalizados en la conciencia de los narradores o en la de los personajes. Unido a esto, la activación constante de subjetividades hiperlúcidas y agudamente reflexivas, posibilita el devenir fluido de una modalidad narrativa que el autor trabaja con esmerado acierto, como es el monólogo interior. Tal estrategia de construcción discursiva potencia, desde diversos ángulos y a través de múltiples posibilidades y variantes, el orden de la representación.

La focalización interna preponderante y el monólogo interior hacen que el discurso oscile con frecuencia desde el discurso indirecto libre a lo que Robert Humphrey definió como la corriente de conciencia en la novela moderna, elemento constructivo-narrativo que salvo Carlos Droguett, no ha estado muy presente en la literatura chilena. La elaboración de los aspectos temporales como los enclaves

psicológicos comprometidos intensifican la sensación de estar en un constante descender hacia la interioridad de todos los agentes del circuito de comunicación, es decir: autor, narrador, personaje y lector.

Esta suma de recursos expresivos y compositivos redundando en la sensación lectora de enfrentarse a un discurso donde la autenticidad es la condición fundamental de una mentalidad autorial elaborada y consistente. Pareciera que en el gesto escritural del autor implícito –y podemos aventurar que también del autor Juan Mihovilovich- es la intimidad del sujeto lo que otorga a un texto su condición de objeto artístico. La idea que subyace aquí es que es a partir de estrato íntimo y subjetivo del autor, que los demás eslabones del discurso narrativo van adquiriendo forma, por ejemplo lo que se define como el ritmo narrativo de un relato, la visión de mundo que éste configura, el carácter específico que adquiere la constelación de personajes, entre otros constituyentes de todo mundo fictivo.

Para concluir, quisiera decir que la obra de Juan Mihovilovich hace años ha devenido referente fundamental de la literatura chilena actual. Pocos autores han alcanzado la solidez de una Voz tan potente y un estilo de tal consistencia. En los mundos representados, ya sea que estén centrados en el sur de Chile, en la provincia, o en los avatares de la ciudad o del país, resuena siempre una inquietud metafísica, una búsqueda espiritual, un deseo de otredad y un imperativo ético que otorga a su literatura un sello inconfundible. Y todo esto, vehiculado por una escritura

precisa, una técnica sumamente depurada y un encomiable virtuosismo narrativo.

[Volver](#)